El Doctor negro

EL DOCTOR NEGRO.

DRAMA EN CUATRO ACTOS

Y EN PROSA,

ARREGLADO A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR DON JOSE DE OLONA.



MADRID. 1847.

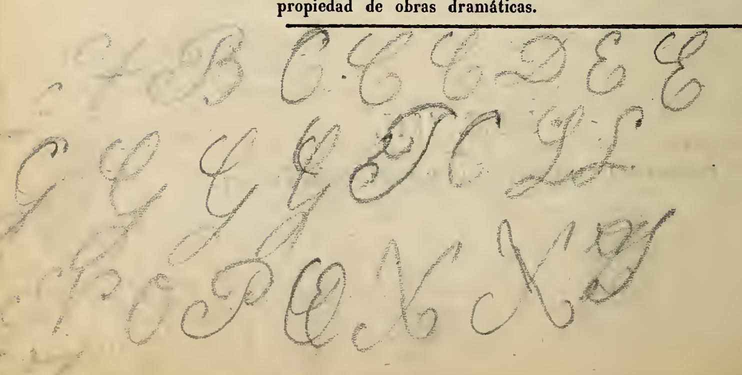
Imprenta de La Luneta, calle del Molino de Viento, número 35.

PERSONAS.

FABIO. (*el Doctor Negro*)
LA MARQUESA DE LA REYNERIE.
PAULINA. (*su hija*)
AURELIA DE KERADEUC.
EL CABALLERO DE SAINT-LUCE.
BARBANTAN. (*rico propietario*)
LIA.
UN NOTARIO.

Oficiales de marina, acompañamiento de la isla de Borbon.

La accion pasa en la isla de Borbon, año 1788.



ACTO PRIMERO.

Habitacion en casa de Mme. de Reynerie. Salon, en cuyo fondo se deja ver un magnífico jardin. Puertas laterales en primer término. A la izquierda en segundo término un balcon. Mueblaje elegante. Sobre la mesa un termómetro pequeño.

ESCENA I.

AURELIA DE KERADUC. SAINT-LUCE, *sentado.*

AURELIA. (*Hablando con algunos lacayos que hay en el fondo.*) Ejecutad fielmente mis órdenes. No olvideis que durante todo este dia soy gran maestro de ceremonias. (*los lacayos se retiran.*) (*Dirigiéndose á Saint Luce.*) Y qué, caballero, es así como me ayudais? Tendreis la bondad de decirme que es lo que haceis así?

LUCE (*sentado en el canapé de la izquierda y abanicándose*). Tengo calor, y me abanico.

AURELIA. Digno ejercicio de un teniente de la Marina Real.

LUCE. A fé mia es el único al cual tengo fuerza para entregarme, en los seis meses que hace que respiro, ó mejor dicho, que no respiro, en esta comarca tropical, bajo esta zona tórrida, en fin, en esta tierra calcinada á donde S. M. Luis XVI me ha desterrado, dándome por castigo ciento cincuenta grados de calor. (*Se levanta.*)

AURELIA (*riéndose*). Os equivocais. Mirad un termómetro de nuestro sabio Reaumur, que no señala mas que cuarenta grados.

LUCE (*mirando el termómetro*). Es un termómetro absurdo; no sabe lo que dice, hace lo que puede.

AURELIA. Vamos, procurad triunfar de vuestra pereza, por lo menos hoy. Ya sabeis que es el dia señalado para celebrar el Santo de nuestra prima. Tambien sabeis que la señorita Paulina de la Reinerie es la perla de la Colonia, oh! y una perla rodeada de diamantes! Y sino, tended la vista por esta inmensa quinta, por este dominio casi Real, poblado por mil doscientos esclavos... el

mismo número prócsimamente que vos teneis de acreedores. Todo esto puede ser vuestro, en cambio de las tres únicas cosas que os han dejado esos señores, vuestro nombre, vuestro título y vuestra buena figura.

LUCE. Oh! y el matrimonio se efectuará sin duda alguna; porque qué rivales, qué concurrentes se me pueden oponer? Acaso los habitantes de la isla de Borbon, tan pesados, tan imbéciles, tan rldículos!... (*viendo á Barbantan aparecer en el fondo, acompañado de dos negros*). A propósito, he aquí la muestra (*señalando á Barbantan*).

AURELIA (*mirando*). El señor Barbantan.

ESCENA II.

DICHOS *y* BARBANTAN, *vestido de toda etiqueta. Los negros quedan en el fondo. Cada uno de ellos trae en la mano un enorme ramillete.*

BARBANTAN (*á los negros*). Permaneced aquí, inmóviles; y bajo ningun pretesto os atrevais á oler esas flores.

AURELIA (*riéndose*). Tales son los deseos del señor Barbantan.

BARBANTAN (*dirijiéndose á Aurelia*). La señora condesa de Keradeuc... (*saludándola.*) (*viendo á Saint-Luce*). El señor de Saint-Luce. (*ap.*) Me ha precedido mi rival. (*á Aurelia.*) No veo al señor Gobernador.

AURELIA. Mi marido no vendrá; pero en cambio tenemos ahí á su estado mayor, que recorre el jardin en compañia de la Marquesa y de Paulina.

BARBANTAN (*mostrando los ramilletes*). A quien vengo á presentar mi humilde homenaje.

LUCE (*riéndose*). Un homenaje de colosales dimensiones, querido Barbantan.

BARBANTAN. He escogido flores frescas...

LUCE. Como ella.

BARBANTAN. Justo. Y he hecho un ramillete grande...

LUCE. Como vos.

BARBANTAN (*incomodado*). Como mi fortuna, caballerito. Yo no tendré si quereis, el aire elegante de los figurines de Versalles; pero tengo ochocientas cabezas de esclavos, y cuando un lacayo del señor Gobernador me tiene el estribo para bajar del caballo, le doy una moneda de oro.

Luce. Cuánta generosidad!

Aurelia (*queriendo terminar la conversacion*). No hableis mas de eso; dejad el orgullo del dinero á los propietarios de poco mas ó menos, y decid mejor que teneis un magnífico pais. Os confieso ingenuamente que estoy muy contenta en él.

Barbantan. Sí?

Aurelia. Ciertamente. Estaba ya cansada de Versalles. Me muero por la variacion.

Barbantan. (*ap.*) Es consoladora esa idea para el señor Gobernador. (*Aurelia se ha retirado al fondo y está ecsaminando los ramilletes que tienen los negros.*) (*Barbantan á Saint-Luce.*) Y á vos, qué tal os parece nuestro pais?

Luce. Caloroso! Infinitamente caloroso!!

Barbantan. Y por qué diablos habeis venido entonces?

Luce. Oh! no he venido por mi gusto: me han enviado.

Barbantan (*riéndose*). Y podré saber la causa?

Luce. Una friolera. Parece que habia completado á un pobre marido que vino á sorprenderme, acompañado de un comisario y de un agente... Se empeñaron en que falté al respeto al comisario y atravesé con mi espada al agente... (*movimiento de Barbantan.*) Tal vez fuera cierto... En fin, cierto ó no, el Rey creyó prudente desterrarme, y el Ministro, del cual era un poco pariente, (por su mujer) me hizo embarcar como teniente de marina, aunque nunca habia visto el mar. Me trajeron á Borbon; Al principio me alegré, porque se hallaba aquí mi hermana: pero yo no contaba con el calor, y estoy tan harto de achicharrarme, que me salvaria aunque fuese á nado, á no ser por una dulce cadena que me tiene preso en esta orilla.

Barbantan. (*ap.*) Claro; la señorita de la Reinerie. (*alto.*) Y pensais contraer matrimonio, caballero Saint-Luce? Pues yo tambien; y espero daros en esta quinta una funcion mas espléndida que la de hoy.

Luce. En esta quinta?

Aurelia. Segun eso, pensais casaros con Paulina?

Barbantan. Ciertamente. Nuestras posesiones son limítrofes..... Será un matrimonio de conveniencia vecinal. (*con marcada intencion.*) Y en cuanto á mis rivales, juro confundirlos.

Luce. Demonio!

Aurelia. Sin embargo, señor Barbantan, á vuestra edad...,

Barbantan. Cierto que me acerco ya á los cuarenta años..

Luce. Me admirais! Yo pensé que os alejabais de ellos todos los dias.

Barbantan. Caballero! (*con altaneria.*)

Aurelia. Señores, señores, la Marquesa.

ESCENA III.

Dichos. *la* Marquesa *y* Paulina *que hablan en el fondo con varios convidados.*

Marquesa. Señores, mi hija os dá gracias por vuestro amable recuerdo. (*los convidados saludan respetuosamente y se dirigen al fondo del jardin.*)

Barbantan. (*yendo hácia Paulina con un ramillete.*) La señorita de Reinerie, se dignará aceptar...

Paulina (*saludando á Barbantan*). Caballero... (*toma el ramillete que le ofrece Barbantan.*)

Aurelia (*colocada entre la Marquesa y Paulina.*) Qué tienes Paulina que estás tan pensativa? Y por cierto que hoy debieras estarlo menos que nunca. Cuando todos tratamos de rodearte de placeres...

Marquesa. En efecto...

Paulina (*algo distraida*). Quizá será por esa misma razon. Aquí placeres, mientras que á algunas leguas de distancia, en el lado opuesto de la isla, perecen tantos infelices.

Marquesa (*con impaciencia*). Qué ideas!...

Luce. Por piedad, señorita, alejad de vos tan sombríos pensamientos.

(*Paulina y Aurelia van á sentarse á la izquierda. La Marquesa las sigue, permaneciendo de pie á su lado*).

Marquesa. Gracias á Dios, en la parte de la isla que habitamos, no hay cuidado ninguno. Esa epidemia, esa enfermedad indefinible, sin nombre, que hace tantos estragos en la Colonia, ha respetado hasta ahora nuestros hogares.

Barbantan. Y continuará respetándolos. Pues no faltaba mas sino que yo y mis ochocientas cabezas de negros...

Aurelia. Ademas, las últimas noticias que ha recibido el Gobernador, anuncian ya la decadencia del mal.

Barbantan. Ciertamente. Ya no mueren mas que los pobres diablos, y esos por falta de médicos. Los que hay son unos torpes que no han conocido todavía la enfermedad.

LUCE. Y qué quereis que hagan los médicos contra un mal que ataca, hiere y mata, sin dar tiempo á ponerse en guardia?

AURELIA (*vivamente*). Uno tan solo, segun se dice, ha salvado á todos los enfermos á quienes ha socorrido. (*con interés*) Un hombre en el cual, el genio dé la medicina ha suplido á los conocimientos de la ciencia.

MARQUESA (*con desden*). Sí, Fabio el mulato.

PAULINA (*ap.*). Fabio!

BARBANTAN. Llamado el Doctor Negro.

MARQUESA (*colocada en medio de la escena*). Un antiguo esclavo de Mr. de la Reiuerie, á quien habia tenido la dicha de salvar la vida, deteniendo su caballo que se habia desbocado.

PAULINA. Oh! nunca se alejará de mi mente ese recuerdo. Aunque yo era entonces muy jóven, me parece todavía ver á mi padre casi derribado por su caballo, y al pobre Fabio tendido en el polvo al violento empuje del animal.

MARQUESA. Entonces, yo le arrojé una bolsa llena de oro. (*con desden.*)

PAULINA (*vivamente*). Que no quiso recojer, Madre mia! Al mismo tiempo besó la mano que mi padre se habia dignado tenderle, mano generosa que le daba su libertad!

MARQUESA. La libertad! Saben acaso esas gentes lo que hacer de ella? Así fué, que como le hacia falta un nuevo amo se puso al servicio del antiguo médico del pais.

AURELIA (*yendo hácia la Marquesa*). Pero eso seria porque su vocacion le obligaba á ello. Fué á tomar allí las primeras nociones de un arte. No buscaba un amo, buscaba un maestro... Y en fin, querida tia, yo admiro y amo á ese Fabio sin conocerlo.

BARBANTAN. Oh! señora! Perdonad, pero Fabio es... un hombre de color!...

AURELIA (*alegremente*). Ya lo sé. Es mulato. Tanto mejor: amar á un mulato es mas original, mas gentil.

MARQUESA (*con severidad*). Permitidme, sobrina, que os diga que hablais con demasiada lijereza de cosas que entre nosotros son muy graves. Habeis nacido en Francia, no conoceis nuestras costumbres, será una preocupacion si quereis; pero ese orgullo de raza que nos impide confundirnos con nuestros esclavos, es inflecsible, implacable, y no desaparecerá de nosotros sino con la última gota de nuestra sangre. Hace cincuenta años que una jóven de la familia de Soligny se enamoró perdidamente de uno de sus esclavos. Pues bien, el anciano conde de Soligny la hizo poner de

rodillas delante de él, la mandó pedir perdon á Dios, y atravesó con su espada á su propia hija.

AURELIA. Qué horror!

BARBANTAN. Cáspita!

PAULINA. (*ap.*) Ah!

LUCE. Yo hubiera hecho otro tanto.

MARQUESA (*con ironia á Aurelia.*) Cuántas jóvenes conoceis en Francia, de buenas familias, que se hayan casado con sus lacayos?

AURELIA. Oh, tia!...

MARQUESA. Sobrina mia; preocupacion por preocupacion. (*La Marquesa, Paulina y Aurelia se dirijen al fondo*).

BARBANTAN. Perfectamente dicho; y ese Fabio, á pesar de sus curas maravillosas, ha quedado por médico de sus semejantes; de los negros. Yo tenia una prima muy vieja, muy antigua, que fué atacada de la epidemia. Fabio la hubiera salvado sin duda alguna, y fué á ofrecerla sus servicios; pues para que veais: prefirió morirse, á ser curada por un mulato. Eso si que es grande, heróico, sublime!...

LUCE. (*ap.*) Y estúpido.

BARBANTAN. Sí, caballero, mi prima ha muerto y ha hecho muy bien.

LUCE. Heredábais sus bienes?

BARBANTAN. Sí. Ciento veintitres cabezas de negros, y una quinta magnífica.

ESCENA IV.

DICHOS *y* LIA.

LIA. (*saliendo.*) Señora, señora.

LUCE. He aquí una persona que puede hablarnos del Doctor negro.

PAULINA (*con bondad tomándole la mano*). Es Lia. mi hermana de leche.

LUCE. Dí, hija mia, conoces á Fabio?

LIA. Si conozco, preguntais, al que ha salvado á tantos infelices desauciados por todos los demás médicos? Oh! es un hombre admirable!

LUCE. Ya adivino... Lia está enamorada del Doctor.

LIA. Yo! (*turbada.*) No lo creais. (*ap.*) Si habrán conocido!...

AURELIA. (*acercándose á la Marquesa*). Perdon, tia mia.

MARQUESA. Por qué?

AURELIA. Me habeis asustado de tal modo, que voy á haceros una confesion.

MARQUESA. Una confesion!...

AURELIA. Tenia tantos deseos de ver, de conocer á ese Hipócrates de Colon, que adiviné la medicina, y como no queria ponerme mala espresamente para que viniera á curarme, me he atrevido...

MARQUESA. Acabad.

AURELIA. Le he enviado..... una de las esquelas de convite que me habeis encargado de repartir.

BARBANTAN. }
MARQUESA. } Qué decis!....

MARQUESA (*colérica*). A Fabio! A un mulato! A un antiguo esclavo de mi esposo! (*á Barbantan, calmándose.*) Pero no, no tendrá la audacia de venir.

PAULINA (*que ha estado junto al balcon, dá un grito.*) Ah!

TODOS. Que sucede? (*Todos se dirigen al balcon.*)

PAULINA (*conmovida*). No habeis visto?... Ese hombre, ese marinero ha palidecido de repente, y ha caido... Ahora se le llevan sus compañeros.

LUCE (*volviendo al proscenio*). El calor, el calor lo ha sofocado.

BARBANTAN (*muy asustado*). Dios mio! Si será la epidemia! Pero no, imposible, la epidemia no se hubiera atrevido á venir á turbar esta deliciosa fiesta. (*ap.*) Con todo, no las tengo yo todas conmigo.

UN CRIADO (*saliendo*). Señora Marquesa: Un oficial de Marina que acaba de llegar de Francia, trae un mensaje importante para vos.

MARQUESA. Un mensaje de Francia! Dónde está ese oficial?

CRIADO. Espera á la señora Marquesa en el salon azul.

LUCE (*Dando la mano á la Marquesa y conduciéndola hasta la puerta*). Apresuraos, tia mia, á desembarazaros de ese importuno. (*volviendo á la escena.*) Señores, no deben ya tardar las lindas isleñas convidadas, y yo era de opinion de que fuésemos á recibirlas á la entrada del jardin.

BARBANTAN. Oh! eso es muy galante. Voy á dar el ejemplo. (*Saludando á Paulina y á Aurelia*) Con vuestro permiso.

Luce despues de haber echado una mirada de inteligencia á su hermana, sale con los demas).

ESCENA V.

AURELIA *y* PAULINA.

AURELIA. Dos palabras, querida prima. Un dia como el de hoy debe ser feliz para todo el mundo, y me aprovecho de esta ocasion para cumplir un encargo, de cuyo buen écsito me alegraria infinito.

PAULINA (*sonriéndose*). Hablad, señora embajadora.

AURELIA. Antes de todo, quiero hacerte uua pregunta. Amas á alguno?

PAULINA. A nadie.

AURELIA. No hay en este pais ningun bello jóven, cuya llegada te turbe, cuya partida te entristezca y con cuya ausencia padecerias?

PAULINA. No.

AURELIA. Es cuanto yo deseaba. Luego si un gallardo jóven, noble, valiente, que de nada careciera... mas que de lo que le sobra á Barbantan, te ofreciera su mano?...

PAULINA. Mi madre dictaria mi respuesta.

AURELIA. Tu madre!... Sin duda... Pero y tú?

PAULINA. No, Aurelia, no; mi madre tan solo.

ESCENA VI.

DICHOS *y la* MARQUESA.

MARQUESA (*entrando con una carta en la mano*). Hija mia, mañana dejamos la isla de Borbon.

PAULINA (*con sentimiento*). Cielos!

AURELIA. Qué decis?

MARQUESA. Y dentro de algunos meses estaremos en Francia.

PAULINA. Pero madre mia, esa carta...

MARQUESA. Esta carta me hace saber, que un vil proceso undado sobre la mentira y la calumnia, se ha atrevido á denigrar la memoria de tu difunto padre!

PAULINA. De mi padre!

MARQUESA. Sí, de Mr. de la Reynerie, encargado por el Rey Luis XV de tratar ciertos asuntos con la compañia de Indias, á la cual se le acusa de haberse vendido.

PAULINA. }
AURELIA. } (*con indignacion.*) Ah!

MARQUESA. Imposturas, calumnias, que caerán deshechas ante pruebas irrecusables, que estoy obligada á ir á presentar yo misma al rey de Francia y á su Parlamento; porque no es de nuestra fortuna de lo que se trata, hija mia, es del nombre de tu padre, del honor de nuestra casa... Cómo dudar?...

PAULINA (*vivamente*). No, no madre mia, es preciso partir (*ap.*) Oh! sí, huyamos de él!

MARQUESA. Bien, hija mia; pero no olvidemos que damos hoy un baile, y que es preciso manifestar alegria y serenidad: mañana...

ESCENA VII.

DICHOS y BARBANTAN, *que entra precipitadamente por la puerta del fondo. A poco* LIA.

BARBANTAN (*con indignacion cómica*). Se acaba de ver á Fabio, á caballo en la alameda principal!

PAULINA. (*ap.*) Ah!

MARQUESA. Qué habeis dicho!

AURELIA. (*ap.*) Cielos!

BARBANTAN. Qué osadia!

MARQUESA. Haberse atrevido!... (*á Aurelia*) Veis sobrina? Ha tomado seriamente vuestra burla.

AURELIA. Pues bien, tia mia, conozco mi falta y me ofrezco á repararla.

MARQUESA. Despidiéndole políticamente, no es cierto? No, hija mia. no será así.

AURELIA. Pero.,. (*Lia entra por el fondo y se detiene en un estremo del teatro*).

MARQUESA. Nuestra presencia aquí es inútil. (*con firmeza.*) Señor Barbantan: os suplico que os encargueis de echar á ese hombre; y si el sabio Doctor olvida que fué esclavo, ya sabeis los medios de recordárselo.

PAULINA. Madre mia!... (*Severa mirada de la Marquesa á Paulina.*)

BARBANTAN (*á la Marquesa*). Descuidad, señora. Yo sé muy bien como se pone á la puerta á esa especie de personas. (*Se dirigen todos á la puerta de la derecha.*)

Aurelia (*ap. á Paulina*), Es preciso salvarle. Yo debo...

Marquesa. Vamos, Paulina.

Aurelia (*ap. á Paulina*). Saldremos á su encuentro.

Marquesa (*desde la puerta*). Señor Barbantan...

Barbantan. Descuidad. (*Dirigiéndose hácia la puerta del fondo.*) Veremos, veremos ahora si el señor Fabio... (*á Lia que ha oido el final de esta escena.*) Decidle que me espère aquí. (*váse Barbantan.*)

ESCENA VIII.

Lia. *Despues* Fabio.

Lia. Cielos! Qué he oido! Echarle de aquí! Pobre Fabio! A él que es tan orgulloso! Será capaz de morirse de vergüenza. Es preciso impedir que le vean. Si yo pudiera decirle.... Ah! Ya está aquí. (*Se retira á un estremo del teatro.*)

Fabio (*entra por el fondo. Se detiene un momento en la puerta como concluyendo de leer nuevamente la esquela de invitacion. Echa una mirada al rededor de la habitacion; vé á Lia y la presenta el papel.*) Dime, Lia, qué significa esta esquela que he recibido hoy? Lo sabes acaso?

Lia (*con embarazo*). Señor Fabio...

Fabio. En esto ha habido una equivocacion, no es cierto? Esta esquela no podia dirigirse á el hijo de un esclavo!...

Lia. Escuchad, señor Fabio.

Fabio. Todo lo comprendo. Sin embargo está firmada por la señora Marquesa, y se me ha entregado por uno de sus lacayos.

Lia. Y á pesar de eso, os han engañado. Ah! si quereis creerme no permanezcais aquí por mas tiempo.

Fabio (*observándola con desconfianza*). Por qué me dices que parta con esa impaciencia?

Lia. Porque...

Fabio. Acaba. Qué razon?...

Lia (*turbada*). Es que... no me atrevo á deciros... Dios mio, viene gente!.. Oh! idos, señor Fabio, idos, si no quereis que os echen.

Fabio. Echarme! Y quien!.. (*En este momento Paulina y Aurelia aparecen por la puerta de la izqnierda.*)

ESCENA IX.

DICHOS. PAULINA *y* AURELIA. *Despues* BARBANTAN.

PAULINA (*que ha oido las últimas palabras de Fabio*). No, señor Fabio, no. Nadie ha intentado semejante cosa, nadie: entendeis?

FABIO. Señorita....

AURELIA (*ap.*). Pobre jóven!

PAULINA (*con tono de súplica*). Pero si no quereis quedaros, una sola palabra bastará para esplicar vuestra partida. Sois médico, un pobre enfermo implora vuestro socorro. Vos jamás sois sordo á la voz de los desgraciados que os llaman. Vais á dejarnos para socorrer al que sufre y os espera: pero (*apoyando sus palabras*) vos sois el que partís, señor Fabio, no se os despide.

AURELIA (*ap. á Paulina*). Bien, bien.

FABIO. Hay acciones en el mundo, que solo pueden comprender el que las hace y el que las recibe. Gracias, señorita, gracias.

AURELIA (*ap.*). No es mal mozo el doctor.

LIÁ (*ap.*). Cuánto habrá sufrido!

AURELIA. (*ap. á Paulina*). Lo hemos salvado.

(*Fabio saluda con respeto y se aleja lentamente con los ojos fijos en Paulina. En el momento de salir entra Barbantan que trae un baston con puño de oro*).

AURELIA. }
PAULINA. } Ah!

BARBANTAN (*saliendo, ap.*). He aquí mi hombre.

PAULINA (*ap.*). El señor Barbantan! (*Barbantan hace una seña á Fabio para que se acerque á él.*)

FABIO (*saludándole*) Caballero... (*se acerca.*)

BARBANTAN (*con turbacion*). Yo me... Es decir... Me han.... Sí, esto es, me han encargado de...

FABIO (*despues de haber dirigido una mirada á Paulina*). De renovar en nombre de la señora Marquesa la invitacion con que se ha dignado honrarme? Tened la bondad, caballero, de participarle mi reconocimiento.

BARBANTAN. Eh! Qué? Cómo!... (*ap.*) Qué es lo que dice?

AURELIA (*ap.*). Qué intentará?

FABIO. Me veo precisado á retirarme. (*volviéndose hácia Paulina, y con un tono altanero*) No es un pretesto. En este

momento: aquí cerca, un desgraciado marinero acaba de ser asaltado por un mal desconocido, cuyos síntomas son muy alarmantes; y ya lo sabeis caballero, soy el médico de los esclavos. (*Saluda á Barbantan, se dirige á Paulina y le dice á media voz.*) Adios, señorita, y gracias por última vez. (*vase.*)

AURELIA. (*ap.*). Es algo moreno; pero no le sienta mal. Seria lástima que fuese blanco.

LIA (*ap.*). Pobre Fabio! (*se dirige hácia el fondo.*)

BARBANTAN (*ap.*). Me he quedado estático. (*alto.*) Pero yo haré que mi autoridad se respete...

AURELIA. Cómo!...

PAULINA. Sosegaos, señor Barbantan, yo os lo suplico. Ya se ha marchado, y no hay necesidad...

BARBANTAN. Basta que vos intercedais por él... Ya sabeis que mi único deseo es poder complaceros. (*ap.*) Pues señor, gran golpe he dado! Se ha ido sin necesidad de que nadie le diga una palabra.

AURELIA (*ap.*). Al fin le he visto.
PAULINA (*ap.*). Oh! Qué dichosa soy! } (*Se dirigen al fondo*)

ESCENA X.

DICHOS *y la* MARQUESA. *A poco algunos convidados.*

MARQUESA (*entrando*). Y bien, señor Barbantan?

BARBANTAN (*con énfasis*). Estais servida. He cumplido vuestro encargo.

MARQUESA. Mil gracias.

BARBANTAN. No ha sido necesario mucho para...

MARQUESA. Tanto mejor. Ahora no pensemos mas que en nuestra fiesta. Paulina, Aurelia, que haceis ahí? (*ambas bajan al proscenio. Saint-Luce entra acompañado de varios convidados.*) Venid á mi lado. Estos señores nos esperan. (*á todos.*) Cuando gusteis.

LUCE (*alegremente*). No perdamos un momento. (*dirigiéndose á Barbantan.*) Querido Barbantan, bailais?

BARBANTAN (*con énfasis*). He bailado mucho en otro tiempo!

LUCE. Pues yo bailo mucho ahora; esa es la ventaja que tengo sobre vos, y de la cual voy á aprovecharme.

PAULINA (*ap. á Aurelia con quien está hablando de ante mano*). No sé lo que tengo.

AURELIA (*ap. á Paulina*). Pero esplícate.

PAULINA. Una nube... aquí... delante de mis ojos...

AURELIA (*ap. á Paulina*). Me asustas!

LUCE (*acercándose á Paulina*). Querida prima: reclamo el privilegio del parentesco. Me hareis el gusto de bailar conmigo la primera contradanza?

PAULINA (*á Luce*). Caballero...

AURELIA. No, no vayas. Estás padeciendo...

PAULINA (*ap. á Aurelia*). Calla, no alarmes á mi madre.

(*Saint-Luce presenta su mano á Paulina, Esta la acepta, y haciendo un esfuerzo marcado se dispone á marchar con los demas convidados, que se dirijen hácia el jardin. Antes de llegar á la puerta, vacila, dá un grito y cae en los brazos de Aurelia y Saint-Luce.*

PAULINA. Ah!

LUCE. Cielos!

MARQUESA. Hija mia!

TODOS. Qué es eso?

PAULINA (*con esfuerzo*). Me ahogo; me ahogo... Me muero...

(*Su voz se apaga, las fuerzas la faltan, y cae demayada. Saint-Luce y Aurelia la sientan en un sofa*).

BARBANTAN (*con pavor y dando fuertes voces*). La epidemia! La epidemia!

TODOS (*con terror*). La epidemia! (*Llenos de espanto retroceden, y van marchándose poco á poco*).

LIA (*como asaltada de una inspiracion*). Ah! (*vase precipitadamente por el fondo*).

MARQUESA (*cayendo de rodillas al lado de Paulina*). Socorro! Mi hija se muere. Por compasion; un médico...

LUCE. Un médico, sí. Al momento, un caballo... (*vase*)

AURELIA. Es preciso mas de una hora para llegar á la ciudad.

MARQUESA (*con desesperacion*). Una hora! Por compasion, señores, un médico. (*viendo que todos se alejan.*) Todos! Todos nos abandonan! Van á dejar morir á mi hija! Quién vendrá á nuestro socorro!

LIA (*aparece en el fondo con Fabio*). Él. (*Fabio se detiene un momento*).

MARQUESA. Fabio! (*Fabio sale á la escena*).

TODOS. El Doctor negro! (*Murmullo entre los convidados*).

LIA (*que desde el momento de salir se acercó á Paulina*). Señora, su corazon no late! (*Fabio dá un paso hácia Paulina*).

AURELIA. Sus manos están heladas! (*Fabio se dirije á Paulina.*)

MARQUESA. Hija mia! (*A Fabio, rechazándole.*) Marchad de aquí!

FABIO (*pasando entre la Marquesa y Aurelia, se acerca á Paulina y le toma una mano.—A la Marquesa*). Atras, señora, dejad que hoy salve el médico á vuestra hija; mañana arrojareis de vuestra casa al esclavo!

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un valle á la orilla del mar. El costado derecho lo ocupará grandes rocas que hacen aquella parte intransitable. En el izquierdo y sobre grandes peñascos se verá una parte de la habitacion de Fabio, que figura ser su cuarto de estudio, donde habrá una mesa con libros, un tintero, dos sillas y un banco. A la derecha una puertecita que conduce al valle por medio de una escalera construida en la misma roca; al lado de esta una ventana.

ESCENA I.

FABIO *entra pausadamente y figura venir del interior de la casa. Trae en la mano una cruz que pende de su cuello sujeta con una cinta.*

Pobre crucecita que mi madre guardó en su seno hasta exhalar su último suspiro, y que yo arrebaté de su helado cuello! Santa reliquia para mí mas sagrada que la vida... ampárame en mi mal, no me abandones. (*Pausa. Besa la cruz.*) Es inútil rogar: en otro tiempo, un solo beso estampado en este crucifijo bastaba para consolarme... Mas hoy están ya secos mis ardientes lábios, y ni aun frescor les dá. (*á la cruz.*) Tú tan poderosa para mí en el infortunio, no me podrás servir en mi dolor? No en vano te lleve yo en mi pecho; apaga la llama que lo consume, la llama de un amor criminal contra el cual imploro socorro y defensa!.. Oh! madre mia! A tí sola hago partícipe de mi secreto!.. Yo la amo! Sí, este hombre cuyo rostro es negro, este hombre que nació esclavo se atreve á amar á la mujer blanca, á la hija de sus amos!.. Oh! este hombre es un insensato!... Perdon, Dios mio! (*Cae en una silla al lado de la mesa y contempla la cruz.*)

ESCENA II.

FABIO *permanece sentado.* PAULINA *y* LIA *aparecen por la izquierda de la habitacion, por donde mismo entró* FABIO. PAULINA *viene apoyada en el brazo de* LIA.

PAULINA (*á Lia desde la puerta, aparte*). Es aquí Lia?

LIA (*id.*). Sí señorita. Esta es su habitacion. El cuarto de estudio como él le llama.

PAULINA (*ap.*). Ayudadme Dios mio!

LIA (*á Paulina*). Pero qué teneis? Estais temblando!

PAULINA. Nada, nada. Déjame entrar sola. Espérame aquí.

LIA. Como gusteis. (*Lia se sienta en una silla á un estremo de la habitacion, al lado opuesto de donde está Fabio. Paulina hace un esfuerzo sobre sí, y se dirije á Fabio.*)

PAULINA (*acercándose á Fabio*). Fabio...

FABIO (*volviendo hacia Paulina y reconociéndola*). Cielos!! (*se levanta.*)

PAULINA. Señor Fabio...

FABIO. Ah! Sois vos señorita! Vos aquí!...

PAULINA. Yo misma. De qué os admirais?

FABIO. Pero esto es un sueño, Dios mio!

PAULINA (*con dulzura*). Cuando la muerte amenazaba mi vida vinisteis á mi lado. Cuando me volvisteis la salud, os alejasteis de mí... Y sin embargo, no creo que me hayais impuesto por premio á vuestros cuidados el que os pagara con la ingratitud.... (*movimiento de Fabio.*) No! Vos me esperábais, yo lo sé.

FABIO (*contemplando á Paulina dice con una voz conmovida*). Cuánto he padecido señorita! Cuánto me queda aun que padecer!!

PAULINA (*con reconcentrado dolor*). Dos veces me habeis arrancado de manos de la muerte. Yo debí seguir á mi madre. (*enjugándose una lágrima.*) Este es el premio que puedo daros.

FABIO (*asaltado por un recuerdo*). Vuestra madre!...

PAULINA (*con amargura*). Sí, Fabio, mi pobre madre que se vió precisada á ir á Francia para dejar ileso el honor ultrajado de mi buen padre.

FABIO. Con efecto, recuerdo que un dia...

PAULINA. Yo entonces apenas convaleciente de mi primera enfermedad, me hubiera sido imposible soportar las fatigas de un

tan largo viaje, mientras que cada momento se hacia mas urgente nuestra marcha. Mi madre entonces partió sola, dejándome á mí al cuidado de Aurelia mi prima, y de su esposo el Gobernador.

FABIO. Y muy luego vuestro rostro marchíto antes por los padecimientos de la epidemia, recobró su antigua hermosura...

PAULINA. No pasó mucho tiempo sin que una nueva fatal viniera á llenar mi corazon de eterno luto y amargura. Durante el año que mi madre estuvo separada dè mí, ni un solo correo me faltó carta suya, y en todas me anunciaba la feliz y pronta terminacion de sus negocios. Hasta que hace dos meses me escribió participándome su regreso!... El buque que la conducia fué víctima de las olas!... No puedo mas Fabio! Soy muy desgraciada!

FABIO. Por piedad, señorita. Confiad en que el Cielo os hará dichosa.

PAULINA. Siempre me persigue esta idea. Y escuchad, Fabio, hay al rededor de este acontecimiento un nuevo suceso que no puedo esplicarme, y que sin embargo ha llamado en gran manera mi atencion.

FABIO. Como?

PAULINA. Desde que dejasteis de venir á la Reynerie, he visto una sombra que todas las noches vagaba incierta por los alrededores de mi casa, y por el lado de mi habitacion, debajo de mis ventanas. A veces he creido que era mi madre que velaba por mí. Pero hace pocas noches que el negro encargado de custodiar aquella parte del palacio, hizo fuego sobre la sombra, y se oyó un quejido ahogado que penetró en mi alma. Al dia siguiente se encontró al pie de un arbol una balsa de sangre!... No puedo esplicaros lo que esperimenté al verla!... (*mirando á Fabio.*) Pero... vos no teniais esa cicatriz en la frente!...

FABIO (*confuso.*) Esta cicatriz?... Una caida...

PAULINA (*ap.*). Erá él!

FABIO. Yo os ruego que alejeis de vos tan melancólicas ideas. Procurad restableceros...

PAULINA. Señor Fabio: el deseo, la obligacion de daros las gracias por vuestros cuidados, ha sido el principal objeto que me ha conducido á vuestra casá, pero ademas vengo á reclamar vuestros auxilios.

FABIO. Oh! Hablad. Qué quereis?

PAULINA (*señalando á Lia*). Vedlo.

FABIO (*reparando en Lia*). Como! Lia...?

PAULINA. Sí, Fabio; la pobre Lia sucumbirá á un mal que ignoro, si vos no la salvais.

FABIO. Será posible!

PAULINA (*trayendo de la mano á Lia*). Ven, amiga mia, el que me ha vuelto la vida, te devolverá la fuerza y la salud.

FABIO (*tomando á Lia una mano, y mirándola con atencion*). Que tienes, Lia? Que sientes?

LIA. Nada, señor Fabio.

PAULINA. Siempre la misma respuesta! (*á Fabio*) Pero vos no podreis...?

FABIO. Conozco su mal.

LIA (*ap.*). Ah!

FABIO. Oh! Lo conozco bien; pero yo no puedo curarlo (*dejando la mano de Lia*).

PAULINA. Como!

FABIO. No temais. No peligra su vida.

PAULINA. De veras?

FABIO (*á Lia*). El mal que te devora, pobre Lia, está en el corazon.

PAULINA, Cielos!

FABIO (*á Lia*). Tú amas?

LIA. Oh! no; yo no puedo amar.

FABIO. Y sin embargo, no me equivoco. Ese amor ha ido creciendo en tu pecho dia por dia. Has querido ocultarlo á todo el mundo como un baldon, porque tú amas á un hombre á quien no debes amar.

PAULINA. Cómo!

FABIO (*con marcada intencion*). Porque él es de la raza maldita!...

PAULINA. Qué oigo!

FABIO. Porque él es negro y tú Lia eres blanca. Ya ves como tu amor no tiene remedio.

PAULINA (*ap.*). Dios mio! Dios mio! Debo comprenderle.

PAULINA (*á Lia*). Pues bien, quiero salvarte. Soy rica; compraré la libertad del que amas y te haré dichosa.

LIA. Gracias, señorita; pero eso es imposible.

PAULINA. Y por qué? Acaso es imposible hallar un corazon noble y honrado oculto bajo la piel quemada y ennegrecida. No, Lia; tú lo has encontrado, y yo te salvaré! (*Suena un tiro cercano.*)

LIA . . . } Ah!
PAULINA. }

FABIO. Qué podrá ser! En estos sitios... Alguien se acerca.

PAULINA. Oh! Que no me vean.

FABIO. Temeis que os hallen en la choza de un mulato...!

PAULINA (*en tono de reconvencion*) Fabio...!

FABIO (*á Paulina*). Esperad un momento (*mirando á la izquierda de la habitacion*). Se dirigen hácia aquí. Es el caballero de Saint-Luce.

PAULINA. Cielos! mi primo!

FABIO. Mi criado le acompaña. Pronto; (*abre la puertecita de la derecha.*) esa escalera conduce á un valle que me sirve de jardin. Esperadme allí hasta que yo baje á buscaros. Si la marea empezase á subir, me avisarás tú, Lia.

PAULINA (*saliendo*). Tratad de alejarlo cuanto antes,

FABIO. Descuidad. (*Paulina y Lia bajan la escalera que dá al valle. Fabio las acompaña hasta la puerta.*)

ESCENA III.

FABIO *solo.*

(*Con gozo.*) Bajo la piel quemada y ennegrecida, puede ocultarse un corazon noble!... Oh! Sí, ella lo ha dicho aquí, hace un momento! Lo ha dicho delante de mí que tanto la amo, que moriria por ella! Gracias, madre mia, gracias. Yo te he invocado y tú has rogado á Dios por tu pobre hijo para concederle este instante de felicidad y de alegria! (*se oyen pisadas.*) Siento pasos. Es él. (*se dirige á la puerta de la izquierda.*) Por aquí, caballero, por aquí.

ESCENA IV.

FABIO. SAINT-LUCE *que viene acompañado de un negro.*

LUCE (*entrando*). Cómo! sois vos, Fabio?

FABIO. Sí, caballero. Estais en mi casa.

LUCE. Pues teneis muy mal gusto en vivir aquí.

FABIO. Por qué razon?

LÚCE. Porque aun cuando la habitacion estuviese en el centro de un frondoso jardin, rodeada de altos álamos, y arrullada por el sonido de la corriente, hay ciertos animalitos... con los cuales no se puede tener intimidad. Es un producto indíjeno que

hace muy poco honor á vuestro pais. No he visto en toda mi vida serpientes de tan estremadas dimensiones.

FABIO. Cómo! Acaso ese tiro!...

LUCE. Fuí yo que tuve el gusto de descargar mi escopeta sobre un adversario hembra, pero muy temible. Gracias á vuestro criado, he podido salvarme.

FABIO (*repara en la mano izquierda de Luce*). Pero estais herido!

LUCE. Ba! No es nada. Algun casco de la piedra de mi escopeta.

FABIO (*queriendo vendarle la mano*). Permitidme...

LUCE. No es necesario. Gracias.

FABIO. Y qué motivo os ha conducido á este desierto paraje donde nada bello se encuentra?

LUCE. Buscaba una poca de sombra. Esperaba á mi hermana, á quien habia dejado en compañia de su esposo y el señor Barbantan, porque habiamos convenido en reunirnos por estos sitios, para volvernos á San Luis. Nuestra caza ha sido soberbia! Un pajarito.

FABIO. De veras? (*sonriéndose.*)

LUCE. Yo me recosté al pie de un hermoso plátano, y estaba sumerjido en ese medio sueño que nos transporta á un mundo ideal, y que nos permite por lo tanto esperar sin impacientarnos. Soñaba que tenia entre mis brazos á una hermosa jóven... cuando de pronto, siento agitarse el follaje cerca de mí; pero creyendo que seria algun conejo, continué soñando.

FABIO. Muy mal hecho!

LUCE. Y tan mal hecho! Figuraos que de pronto oigo un silvido, el mas furiosamente horrendo que he oido en mi vida; vuelvo la cara, y me hallo de manos á boca con una serpiente de cabeza gris. Yo entonces no tenia en la mano otra arma que mi abanico. Me levanto, cojo precipitadamente mi escopeta, y tuve tanta habilidad que erré el tiro. Llamo entonces en mi ayuda, y mi buena estrella hizo que se apareciera vuestro criado, en el mismo momento en que solo me separaba de mi adversario el lugar que ocupó su hacha. Vive Dios, que es un hombre de habilidad, Doctor, y ha hecho una amputacion que vos no hubierais acertado.

FABIO. Caballero: si necesitais de algun reposo, esta miserable choza está á vuestras órdenes. Si quereis por el contrario volver á San Luis, permitidme daros un guia.

LUCE. Os doy gracias por la hospitalidad que me ofreceis;

pero no quiero dejar á la señora de Keradeuc el tiempo de inquietarse por mi ausencia. Aceptaré pues el guia que me habeis propuesto.

Fabio (*al negro*). Cristian, conducirás al caballero de Saint-Luce por el sendero de Santa María.

Luce (*á Fabio*). Decididamente sois el angel protector de nuestra familia.

Fabio. Señor...

Luce. A no ser por la casualidad de vivir vos en este sitio y de tener un criado valiente, estaria yo en el otro mundo. Por otra parte, sin vos mi prima hubiera ocultado de nuevo bajo fúnebres velos su divino rostro, que debe embellecer muy pronto la virginal corona de boda.

Fabio. De boda!... De quien hablais?

Luce. De quien? De mi prnima que se casa.

Fabio. La señorita de Reyniere!... Eso es imposible!

Luce. Imposible? Y por qué?

Fabio. Porque?... Porque en Borbon no conozco á nadie digno de poseer semejante tesoro.

Luce. Convengo con vos. Pero yo no soy de la Isla de Borbon, y por lo tanto... Escuchad, Fabio: si la serpiente hubiera cometido la torpeza de matarme, lo hubiera sentido mucho por mí; pero en particular porque mi vida entera la tengo consagrada al amor de Paulina.

Fabio. Vos!...

Luce. Si, querido, estoy enamorado, sériamente enamorado... Esto os asombra? Pues en Versalles nadie lo querria creer... Pero os lo repito, la amo. Esta union estaba ya decidida por su madre; y mi prima, respetando los deseos de la difunta, solo espera que se concluya el duelo.

Fabio. Ella!...

Luce. La aristocracia de Borbon bramará contra mí; pero no me importa... Yo quiero que asistais á mi boda, que sin vuestros auxilios la muerte hubiera roto en dos ocasiones.

Fabio. Yo!...

Luce. Quedais desde ahora convidado. Se vá haciendo tarde y mi hermana podrá estar con cuidado. Adios, doctor; muy pronto nos volveremos á ver. (*El negro presénta á Saint-Luce su sombrero y escopeta.*) Anda tú delante, y que Dios nos guarde de serpientes, y de sol. (*Saludando*) Fabio, hasta la vista (*vase por la izquierda acompañado del negro*).

ESCENA V.

Fabio, *solo (fuera de sí).*

Ella le ama! El vá á ser su marido, y yo le he dejado salir de aquí!! (*Coge su fusil, va á salir y se detiene*) Matarle!... Asesinarle!... Oh! No. De qué me serviria!... No es él quien debe morir... Ella!... Oh!... Me ahogo!... (*Cae en una silla, llevando una mano á su pecho que tropieza con la cruz. La contempla algunos momentos. Pausa.*) La cruz; siempre la cruz! Madre mia!... Sí, te comprendo: no quieres que sea criminal! Prefieres verme desdichado! (*levantándose*) Pues bien; yo te digo que no quiero morir solo. Entre ella y yo, no mas el recuerdo de mi madre; no mas el temor de Dios! Entre ella y yo, no mas nada!... El infierno si; pero el infierno con ella (*echa una mirada hácia la derecha*). Esta ahí esperándome!... Pues bien, ó mia ó de nadie (*abre la puerta de la derecha y llama á Lia*). Lia, Lia.

Paulina (*á Lia*). Creo que te llama. (*En el valle.*)

Lia. Sí, señorita.

Paulina. En que te detienes. Ves á ver para que te necesita. (*Lia sube al cuarto de Fabio*). Qué será Dios mio? Tal vez mi primo!... Ah! Fabio, Fabio, cuanto me espongo por vos!

Lia (*entrando en la habitacion*). Qué me quereis?

Fabio. Que sigas al caballero de Saint-Luce, y no lo pierdas de vista hasta que haya atravesado la cuesta.

Lia. Pues qué?...

Fabio. Me temo que nos ha descubierto. No te detengas.

Lia. Voy á serviros al instante. (*vase por la izquierda.*)

Fabio (*despues de haber visto marchar á Lia, dirigiéndose á la puertecita*). Ahora, señorita de Reynerie, preparaos á escucharme.

ESCENA VI.

Paulina *y* **Fabio.**

Fabio antes de bajar al valle echa la llave á la puerta y se la guarda.

Paulina (*yendo al encuentro de Fabio*). Qué hay, Fabio?

Fabio. Nada, señorita.

PAULINA Y Lia?

FABIO. Ha ido siguiendo á vuestro primo, porque hubiera podido suceder que os haya visto entrar aquí, y quisiera sorprenderos.

PAULINA. Pero entonces no puedo marcharme, y yo necesito volver á la Reynerie antes que mi primo.

FABIO. Muy pronto estará de vuelta. Sentaos entretanto, y recojed estos aires puros, tan provechosos á vuestra salud.

PAULINA (*con dulzura*). Si vos lo quereis, Doctor... (*se sienta y mira á su alrededor.*) Qué árido y desierto es este paraje!--Pero qué haceis de pie? Sentaos.

FABIO (*ap.*). A su lado!... (*se sienta*)

PAULINA. Mucho sentiré que tarde Lia, y mas aun que Saint-Luce pudiera sospechar... Tiene un caracter!...

FABIO. Y vos debeis procurar tenerlo contento. Un hombre que vá á ser vuestro esposo....

PAULINA. Sí. Esta union era un deseo de mi madre. (*Fabio hace un movimiento de furor que procura ocultar. Movimiento de Paulina. Fabio clava la vista á las rocas que tiene á su izquierda.*) Pero qué teneis, Fabio? Qué mirais ahí?

FABIO (*pasandose la mano por la frente*). Nada: esas dos cruces gravadas en la roca, y que siempre me hacen recordar aquella leyenda de que os he hablado algunas veces.

PAULINA. Una leyenda!...

FABIO. Si quereis que os la cuente...

PAULINA. Temeria...

FABIO. Hacer esperar al caballero de Saint-Luce?...

PAULINA. Fabio!... Empezad vuestra historia; ya os escucho.

FABIO (*echando una mirada á la mar que empieza a subir*). En San Luis vivia y sufria un pobre mulato. Por precio de no sé qué servicio prestado á sus amos, recibió su libertad. Pero este don generoso que hubiera debido colmarle de alegria, lo tornó en sombrio y triste. pues libre debia salir de la casa de sus amos... y en ella el cielo le habia deparado un angel consolador... El mulato se alejó mas desgraciado aun despues de su libertad, que lo era en su esclavitud... Estaba loco... loco de amor.

PAULINA. Con cuanta violencia sopla el viento!

FABIO (*sin escucharla*). Este amor lo hubiera él ahogado en su seno, aunque le hubiera abrasado el corazon... Que de dulces palabras se dignó dirigirle la noble señora, acabando con ellas

de trastornarle la razon... Se creyó amado... (*movimiento de Paulina*) Ya os he dicho que este hombre estaba loco. El pobre mulato creyó que la jóven le habia adivinado, y que no pudiendo ser de él por respeto, por orgullo de su raza, no seria al menos de ningun otro... El insensato daba gracias á Dios y olvidaba todo cuanto habia padecido... Soñaba. Pero una palabra vino á despertarle. Aquella muger iba á casarse!... Casarse!... Lo habia engañado, pues; se habia burlado de su amor!... El desdichado juró entonces unirse á ella por un lazo solemne... terrible!... La muerte!

Paulina (*mirando al mar*). Fabio!... Fabio... Mirad con cuanta rapidez sube la mar! Fabio, yo quiero partir.

Fabio (*deteniéndola*). Partir! (*con sonrisa amarga*) Oh! El mulato lo habia calculado todo... Los dos estaban solos aquí, en este sitio donde nos hallamos... La hora de la marea habia llegado... Un solo camino quedaba y la mar subia. La orgullosa joven le suplicaba que la salvase... pero él, sin piedad de sus súplicas ni de sus lágrimas, la sujetó con sus dos manos de hierro... En fin, le gritó: «Yo te amo!...» y la mar subia siempre; el valle estaba cercado, la muerte estaba allí, y la muerte horrorizaba menos á la joven que el amor del mulato.

Paulina (*con espanto*). Fabio... por piedad... salvadme!..

Fabio. Salvarte! Pues qué, nada has comprendido aun, nada has adivinado?—Yo te amo!

Paulina. Vos!

Fabio. Oh! yo decia bien... mas que la muerte os espanta mi amor! (*La mar ha cubierto parte de las escaleras*)

Paulina. Oh! Pero vos me engañais... vuestro horrible valor no llegará hasta el punto de verme morir!

Fabio (*señalándole la mar*). Mirad, Paulina... Antes que intentemos atravesar esas rocas, la mar nos habrá llevado tras sí. Nuestra única salvacion era esa escalera. Echad una ojeada y os convencereis de que ninguna esperanza debeis abrigar... La muerte está aquí... pero la muerte para los dos! Y qué? No temblais? No maldecís á vuestro asesino!

Paulina (*con solemnidad*). Fabio, juradme por la memoria de vuestra madre que no hay salvacion posible para nosotros.

Fabio. Ninguna, señora.

Paulina. Pues bien, dejadme pedir perdon á mi madre, y dejadme rogar por vos.

Fabio. Por mí!

PAULINA. Si, porque ahora que estoy segura de morir, puedo deciros sin vergüenza y sin remordimientos: «yo te comprendo y te perdono, Fabio, porque.... yo tambien te amo.

FABIO. Tú!! Dios mio! Dios mio! Ella me ama! Por piedad, señor, matadme á mí, pero salvadla, salvadla!...

PAULINA. Fabio! Fabio! muramos unidos. (*Paulina y Fabio se abrazan. Se descubre una barquilla en el mar guiada por un pescador.*)

LIA, (*entra en la habitacion de Fabio, y al ver que no hay nadie, se asoma á la ventana que dá al valle y dá un grito*) Ah!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon en casa de la señorita de la Reynerie. Puerta al fondo. Puertas laterales. Al alzarse el telon Lia aparece en la escena. El notario sale de la habitacion de Paulína.

ESCENA I.

EL NOTARIO Y LIA.

NOTARIO (*desde la puerta*). Descuidad. Antes de un cuarto de hora estaré de vuelta.

LIA (*saludando*). Señor notario...

NOTARIO. Ola hermosa Lia, que hay de nuevo?

LIA. Vos me lo podreis decir, que acabais de hablar con la señorita.

NOTARIO. Me parece que la encuentro algo mas tranquila. Ya se vé la pobre señora ha padecido tanto!...

LIA. Hace un mes que cada dia está mas triste y silenciosa. Despues siempre sola... No quiere recibir á nadie, ni aun á su misma prima. Solo vos y al abate Landry son los únicos que han podido verla.

NOTAIO. Vaya, os dejo. Tengo que hacer una infinidad de cosas. Voy á avisar al señor Barbantan por si le pareciese conveniente adquirir esta propiedad... Conque hasta luego.

LIA. Id con Dios, señor notario.

NOTARIO. Pronto estaré de vuelta (*vase*).

ESCENA II.

LIA; *despues* PAULINA.

LIA. Pobre señorita! Cuantas desgracias á un tiempo! La pérdida de su madre; su larga enfermedad, y luego... Qué hubiera sido de ella si la casualidad no la hubiera protegido, si aquel marinero, á riesgo de estrellarse contra las rocas, no la hubiera

salvado! Pero y Fabio? Cómo creer lo que ha sucedido? Él, que por tanto tiempo ha ahogado en su pecho esa pasion que lo consumia!... Siento pasos. Es la señorita que sale de su gabinete. Qué pálida está!

PAULINA (*entrando y dándole una carta*). Toma, Lia, vé á casa del abate Landry y dale esta carta: que venga aquí inmediatamente.—Lia, déjame.

LIA. Al instante. señorita (*vase*).

ESCENA III.

PAULINA *sola*; *despues* FABIO.

PAULINA. Apenas puedo respirar. Mi cansada mente se agita en vano. Fabio. Fabio, por qué fuí á veros? Por qué os dije que os amaba? (*Pausa*) Y está allí, en mi propia habitacion!!... Sí, sí es forzoso que yo le hable: mi corazon no puede engañarme. Madre mia! Sed indulgente conmigo: perdonad á vuestra hija, como Dios la perdona.

Se dirige á la segunda puerta de la izquierda para abrirla; vacila un momento y se decide. A los pocos momentos aparece Fabio que se detiene al ver á Paulina.

FABIO (*desde la puerta*). Señorita... (*La saluda con profundo respeto.*)

PAULINA (*con amabilidad*). Entrad, Fabio.

FABIO (*bajando poco á poco al proscenio con Paulina*). Desde el dia en que el Señor, compadeciéndose de mí, os salvó casi con un milagro, no me habia atrevido á salir de mi solitaria cabaña; habia llevado á ella un tesoro, un tesoro misterioso, para todos desconocido, porque su secreto fué arrastrado por el viento y por la tempestad.

PAULINA, Fabio! (*Como asaltada de un recuerdo.*)

FABIO. Desde allí os bendecia, señorita, porque os dignásteis hacerme feliz con una palabra. (*Movimiento de Paulina.*) Nunca hubiera venido á incomodaros; pero hoy me llamais, y vengo á escuchar vuestras órdenes, órdenes que creo conocer. Ah! La criolla se ha indignado de la debilidad de la muger; teme que una casualidad, una imprudencia descubran su secreto y la obliguen á ruborizarse de él. Por eso ha llamado á Fabio para decirle: «alejaos de mí; no puedo ser feliz donde vos esteis.»

PAULINA. Como! Creeis!...

FABIO. Señorita; la distancia que nos separe, quizá no sea suficiente seguridad para vos. (*Con solemnidad.*) Paulina, nada temais del pobre mulato. No puede olvidar, eso es imposible; pero... sabe morir.

PAULINA. Morir! Vos! No, Fabio, no. Escuchadme. He mandado vender todos mis bienes en la isla de Borbon: mañana no poseeré nada aquí y dejaré la colonia.

FABIO (*con admiracion*). Vais á partir! Imposible; vos no podeis abandonar la isla. Muchas veces me lo habeis repetido, y vuestro médico os lo recuerda. Vuestro débil pecho necesita respirar este aire puro y ardiente, vuestros ojos necesitan ver este cielo brillante. Quedad en vuestra patria que os ama y os elogia, mientras que á mí me insulta y me desprecia; el que debe partir soy yo, llevando en mi pecho el tesoro de alegria que me habeis dado. En cualquier parte de la tierra hallaré desgraciados que socorrer, á cuando llenos de agradecimiento me ofrezcan tal vez sus oraciones, les diré: rogad por ella, no por mí; por ella á quien debeis la vida... Mas no temais, que no pronunciaré vuestro nombre.

PAULINA (*haciendo un esfuerzo sobre sí. Con decision.*) Pues bien, Fabio, no partireis solo.

FABIO. Qué quereis decir!!

PAULINA. El dia despues que nos separamos, cuando volví en mí, lo primero que descubrieron mis ojos fué el retrato de mi madre, cuya mirada amenazadora y terrible parecia querer penetrar en el fondo de mi corazon. Oh! entonces temblé, Fabio, y acordándome del sutil veneno que usan en nuestro pais, iba... (*Movimiento de Fabio.*) No temais, el abate Landry me lo arrebató de las manos, mostrándome la imágen de Cristo.

FABIO. Mano generosa que os tendió el cielo.

PAULINA. Entonces arrojándome á los pies del digno sacerdote, se lo confesé todo. Sus lábios solo palabras de piedad y clemencia profirieron. Despues ha venido constantemente á verme y á sostener mi fé, todavía debil. En fin, hoy me he creido bastante fuerte, y os he llamado para deciros: «Fabio, desde el dia en que la señorita de la Reynerie os dijo, yo te amo, se entregó á vos; muerta hubiera sido vuestra amante en el cielo, viva debe ser en la tierra vuestra esposa.»

FABIO (*fuera de sí*). Vos! Mi esposa! Ah! ¡La señorita de la Reynerie esposa de un mulato!

PAULINA (*con firmeza*). Sí, del hombre á quien dijo, «te amo.»

Fabio. Dios mio! Dios mio! Pero eso no es cierto, no puede ser cierto. Yo vuestro marido! Paulina, no ois todavía en derredor vuestro la voz del señor de la Reynerie? No veis alzarse entre nosotros la sombra de vuestra madre?

Paulina. Mi madre!!

Fabio. Esas paredes os han visto crecer noble, bella, orgullosa; pero tambien han visto á Fabio esclavo y castigado á los golpes del látigo de su dueño. Qué importa que en mi pecho se oculte un corazon digno de vos? Este pecho es negro! Esta mano que el trabajo y el estudio han hecho hábil y segura, esta mano cura y salva; pero miradla, es negra tambien. (*Con desesperacion.*) Oh! la señorita de la Reynerie no puede unir á ella la suya; mejor le fuera presentar su blanca espalda á la marca del verdugo.

Paulina. Fabio, cuando me dijiste, es preciso morir, porque te amo, te comprendí; y ahora... ahora tu no comprendes que mi amante debe ser mi esposo?

Fabio. Pero Fabio vuestro asesino, os hacía santa y mártir; Fabio vuestro esposo os hace infame y sacrílega. Paulina, se mata á la mujer amada, pero no se la deshonra.

La puerta de la derecha se abre y aparece Lia: á su vista. Paulina procura dominar su turbacion.

Lia (*Desde la puerta*). Señora, el abate Landry acaba de llegar en este momento. Os espera.

Paulina. Bien. déjanos. (*vase Lia.*)

Fabio. El abate Landry!

Paulina. El digno sacerdote está en mi oratorio. Ruega por los dos.

Fabio (*con reconocimiento*). Ah! Señora...

Paulina. Hoy seré vuestra esposa, Fabio. Todo lo que amé en otro tiempo no existe ya; me entrego pues á todo lo que ahora amo.

Fabio. Dios mio! He sufrido mucho, pero no merezco la dicha que me envias. Tú quieres que acepte esa dicha, pues que me quitas la fuerza para rechazarla.

Paulina. Fabio, nos esperan.

Fabio. Paulina! Yo te bendigo! Has creido que mi amor podia elevarme hasta tí; pues bien, te lo juro, ese amor será siempre un culto, una idolatría. Para tí seré siempre el esclavo.

Paulina. Basta, Fabio. Confiemos en Dios, y él nos protejerá.

Fabio. Oh! Cuánto placer siente mi pecho! Cómo te amará el pobre mulato! Pero te amará como el marino ama á la Santísima Vírgen, como el huérfano ama el recuerdo de su madre.

Paulina. Por allí, Fabio. (*señalando la puerta de su habitacion.*)

Fabio. Vamos, señora.

(*Paulina presenta bondadosamente su mano á Fabio, este la toma con amor y respeto. Vanse*).

ESCENA IV.

Saint-Luce, *un* Criado, *despues* Barbantan.

Luce (*desde la puerta del fondo donde habla acaloradamente al criado.*) La puerta de mi prima no puede estar cerrada para mí. Si no pudiese recibirme inmediatamente, esperaré; pero no saldré de aquí hasta haberla visto. (*se oye la voz de Barbantan en el fondo.*) Y por cierto que la consigna debe haberse levantado ya, puesto que ha entrado el señor Barbantan, que seguramente no cabe por el agujero de la cerradura.

Barbantan (*entrando*). Los hombres como yo no entran nunca sino por la puerta principal.

Luce (*riéndose*). Yo lo creo.

Criado. Señores, yo no hago mas que obedecer las espresas órdenes de la señorita, que no está hoy visible para nadie.

Luce. Hoy como ayer, como antes de ayer, como todos los dias. Ya hace mas de dos semanas que mi querida prima se encierra y oculta para todos, hasta para mí!

Barbantan. Y para mí.

Luce. Pero yo me voy esta tarde á Francia, y no quiero dejar la colonia sin despedirme de esa belleza invisible.

Barbantan (*que desde las últimas palabras de Saint-Luce está examinando los adornos de la sala. Hablando con el criado que continua en la puerta del fondo*). Que no se incomode por mí la señorita de la Reynerie; aguardaré con paciencia hasta que se digne recibirme. (*El criado saluda y vase.*) Pues señor, el negocio es escelente! Magnífica habitacion! (*A Saint-Luce.*) Os vais por fin, caballero?

Luce. Sí, mi apreciable azucarero. (*gesto de Barbantan*) El Ministro me llama.

Barbantan. Y hace muy bien!

LUCE. Mis asuntos están ya arreglados segun me escriben. Han persuadido á aquel escelente marido de que os hablé, de que él habia tenido la culpa de todo, y ya me tiene preparada una buena cosecha de disculpas. Hasta han convencido á mis acreedores de que me debian...

BARBANTAN. Dinero?

LUCE. No, consideraciones y tiempo.

BARBANTAN. De modo que estareis contentísimo.

LUCE. Contentísimo, eh? Pues no, señor Barbantan, estoy desesperado.

BARBANTAN. Como!

LUCE. Voy á volver á Versalles, es cierto; pero abandono á Paulina, á quien amo con toda la fuerza que inspira vuestra temperatura... Oh! Pobre Paulina! Dejarla sola!..

BARBANTAN. Quien sabe? Tampoco á la señorita de la Reynérie le gusta ya demasiado la colonia (*con intencion*).

LUCE. Qué decis?

BARBANTAN. Nada; no he dicho nada absolutamente.

LUCE. Acaso sabria ya mi prima la noticia de mi partida? Noticia llegada hace ocho dias...

BARBANTAN. Es muy posible.

LUCE (*ap.*) Oh! Si fuese este el motivo de su tristeza?... (*alto*) Pero vos no habeis adivinado?...

BARBANTAN (*á media voz*). Algo. Pero me han mandado guardar el secreto hasta la tarde...

LUCE. El secreto! Luego lo sabeis todo?

BARBANTAN. Todo.

LUCE. Hablais de veras?

BARBANTAN. Pero he prometido ante el notario...

LUCE. Un notario!

BARBANTAN. Cuando ya esté firmada, bien firmada, el acta de venta, entonces...

LUCE. El acta de venta!... (*ap.*) Ah! ya comprendo. Paulina enamorada de mí, aprovecha la partida de mi hermana y su esposo para seguirme!... (*alto*) Pero creeis que será cierto...

BARBANTAN. Probablemente...

LUCE. Oh! Soy el mas feliz de los hombres!

BARBANTAN. Yo el mas afortunado de los colonos!

LUCE. Me ama!

BARBANTAN. Compro sus bienes!

LUCE. Oh! Y qué bella es!

BARBANTAN. 1297 cabezas de negros, sin contar las fracciones!

LUCE. Es un sueño!

BARBANTAN. Es un negocio de oro!

LUCE. Señor Barbantan, con vuestro permiso. Voy á anunciar á mi hermana que Paulina se viene con nosotros (*sale Lia*).

BARBANTAN. Id con Dios.

ESCENA VI.

Dichos, LIA, *y despues* AURELIA.

LIA. Caballero de Saint-Luce, la señora condesa de Keradeuc.

LUCE. Bravísimo, sabrá mas pronto la noticia.

AURELIA (*entrando apresuradamente*). Paulina! Donde está Paulina?

LIA. En su oratorio.

AURELIA. Tanto mejor, así tendremos tiempo para arreglar el mejor modo de...

LUCE. Pero qué hay?

AURELIA (*sofocada por la alegria*). Una noticia increible, inaudita! Ni yo misma puedo convencerme... He tenido que leer la carta una porcion de veces para...

LUCE. Pero qué carta es esa? De donde viene?

AURELIA. De Francia.

LUCE.... } De Francia!
BARBANTAN. }

AURELIA. Estaba ya abierta cuando la recibió mi esposo, dentro de un pliego...

LUCE. Pero á quien viene dirigida?

AURELIA. A Paulina.

LUCE. Y quién la firma?

AURELIA. Su madre.

LUCE.... }
BARBANTAN. } La señora de la Reynerie!
LIA.... }

BARBANTAN. Se entiende antes de su muerte?

AURELIA. Mi tia existe aun.

LUCE. Como!

LIA. Dios mio!

BARBANTAN. Bah!

AURELIA. El buque en que volvia á la isla de Borbon, naufragó en efecto; pero algunas personas lograron salvarse en una balsa, y despues de algunos dias de permanencia en un parage casi desierto, han regresado á Francia en un buque americano que llevaba aquella direccion.

BARBANTAN. Pobre marquesa! (*Ap.*) Se deshizo mi negocio!

AURELIA. El rey le ha hecho justicia, y viéndose precisada á permanecer en Versalles, autoriza á Paulina para que venda todos sus bienes, y vaya á reunirse con su madre.

BARBANTAN (*ap.*). Mi negocio se hará. (*Alto*) Es una dicha que la querida marquesa...

AURELIA. Es necesario buscar un medio de participarle á Paulina... Porque estando tan débil, esta noticia podria...

BARBANTAN. Cierto. Las resurrecciones son tan raras!...

LIA. Oh! Allí viene!

AURELIA. Y nada hemos preparado aun!...

BARBANTAN. Tengo una idea!...

AURELIA. Decidla pronto.

LUCE. No se os escape. (*se retiran al fondo y hablan entre sí*)

ESCENA VII.

Dichos y PAULINA.

PAULINA (*sin ver á nadie*). Casada! Estoy casada! Pobre Fabio! Qué de felicidad respiraban sus ojos cuando el abate Landry le entregó el contrato que nos une para siempre.

LUCE (*en el fondo, á Barbantan*). Vuestra idea no tiene sentido comun.

BARBANTAN. Soy de vuestro parecer.

PAULINA (*volviéndose*). Que veo! Aurelia! Caballero, vos aquí?

LUCE (*adelantándose*). Perdonadnos, primita, si no hemos respetado vuestras órdenes. Pero la felicidad tiene entrada franca en todas partes, y nosotros os traemos la felicidad.

LIA. Oh! Si, señora.

PAULINA (*mirándoles*). No os comprendo.

AURELIA. Paulina, tú eres una joven virtuosa y buena; has soportado con resignacion la horrible desgracia que hace un año...

BARBANTAN (*bajo á Aurelia*). Cuidado!

LUCE. Qué haceis, hermana mia!

Paulina. Traer á mi memoria de nuevo un recuerdo que jamas se aparta de mi corazon. El recuerdo de mi madre! Siempre la veo! En mis sueños siempre creo que está aquí, á mi lado como en otros dias felices.

Aurelia. Los sueños son muchas veces avisos del cielo.

Luce (*ap. á Aurelia*). Bien.

Barbantan (*id.*). Muy bien.

Aurelia. Lo que nosotros creemos una desgracia real, puede no ser mas que una prueba que el cielo nos envia.

Paulina. Qué quieres decir?

Aurelia. Paulina, en tus sueños no has visto nunca á tu madre sostenida sobre las olas tendiéndote sus brazos?...

Paulina. Oh! Aurelia!

Aurelia. No la has visto en Francia escribiéndote: «hija mia salvada por un milagro, te espero.»

Paulina. Calla! Ese sueño me hubiera vuelto loca al despertar.

Aurelia. Paulina, querida prima, valor!

Paulina. Como! Mi madre!...

Aurelia. Si existiese aun...

Paulina. Dios mio! Mi madre vive! Y nada me decia el corazon!

Aurelia. Vamos, ánimo.

Paulina. Oh! (*Sosteniendo su cabeza en los hombros de Aurelia.*)

Aurelia. Lloras?

Luce. Eso la salva.

Lia. Señorita...

Paulina. Pero la prueba?...

Aurelia. Esta carta...

Paulina. Dame; no temas ya nada. (*Durante la lectura de la carta se nota en la fisonomía de Paulina la mayor animacion. Concluida de leer la besa con entusiasmo.*) Oh! cuán feliz soy! Volver á ver á mi madre! Estrecharla contra mi corazon! Aurelia, amigos mios, repetidme que es cierto para que no dude mas, para que esté segura de mi razon.

Aurelia. Si, Paulina; tu madre vive.

ESCENA VIII.

Dichos y Fabio *que aparece por la puerta de la izquierda con un papel en la mano. Se detiene al ver á los demas.*

Fabio (*ap.*). Cuanta gente! Qué es lo que sucede?

Paulina. Apenas puedo creerlo! Mañana partimos para Francia (*reparando en Fabio*). Venid, Fabio, tomad parte en mi alegria.

Aurelia.
Luce . . . . } Fabio!
Barbantan.

Paulina. Oh! no sabeis... una noticia inesperada que me colma de felicidad. Mi madre existe.

Fabio (*con espanto*). Vuestra madre!!! (*Arruga el contratrato entre sus manos. Paulina, como herida por un recuerdo repentino, retrocede espantada.*)

Paulina. Ah!

Todos. Paulina!

Paulina (*ap.*). Lo habia olvidado! (*Cae desmayada en brazos de Aurelia. Barbantan retrocede espantado. Saint-Luce echa una mirada de indiferencia á Fabio, y este permanece inmovil mirando á Paulina.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La accion es en Paris.

El teatro representa un magnífico salon en casa de la Marquesa de la Reynerie.

ESCENA I.

FABIO, *solo. Sentado y leyendo una carta.*

FABIO (*leyendo*). «Sí, mi querido Fabio, soy dichosa, completamente dichosa. Para mí ha empezado una vida nueva. Roger me ama mas que nunca. Oh! Decidme, decidme si vos tambien sois dichoso.» (*guardando la carta. Con ironia*) Oh! Sí, mi buena Lia, tambien yo soy muy dichoso! Habito en un rico palacio, soy el primero de los lacayos de la marquesa de la Reynerie! honor insigne! Oh! Yo tambien soy muy dichoso!! (*Levantándose y cambiando de tono*) Pero, Dios mio! cómo tengo tanta paciencia y resignacion! Hace ya seis meses que dura esta vida, y aun no he despertado mi energía para gritar á todo el mundo: «Esa mujer que colmais de homenajes y adulaciones, esa mujer me pertenece, es mia.» Oh! No! Ahogo mi desesperacion en el fondo de mi pecho, y busco en el estudio el olvido de mis males! Solamente cuando oigo salir del palacio el coche de la Marquesa, me atrevo á cambiar con Paulina algunas palabras, algunas miradas... Luego, llega un estraño y yo me alejo, llevando por premio de mi silencio una sonrisa ó una lágrima! Y no he tenido valor todavía para dar fin á mi existencia! Soy muy cobarde! Muy cobarde!... (*Ruido de un carruaje. Corre á la ventana de la derecha, y la abre.*) Es ella! (*con alegria*) Voy á verla, á verla! Ese es el secreto de mi resignacion!

Un lacayo abre la puerta de dos hojas del fondo. Saint-Luce entra en trage de corte, dando la mano á Paulina, vestida del mismo modo. Ninguno de los dos vé á Fabio, que se retira al fondo).

ESCENA II.

FABIO. PAULINA. SAINT-LUCE.

FABIO (*ap.*). Siempre ese hombre con ella!

LUCE. Y bien, querida prima, la bellísima acojida que habeis tenido en Versalles, no ha podido volver la sonrisa á vuestros lábios! Yo por mi parte, confieso que he vuelto entusiasmado, del mismo modo que vuestra madre; porque la reina no separaba la vista de vos sino para volverla hácia mí. Adivinó seguramente lo que yo ocultaria muy mal.

PAULINA. Perdonad, mi madre creo que os aguarda en su habitacion.

LUCE. A vuestro lado lo olvido todo. (*ap.*) Siempre esquiva y fria, cuando todo lo ha abandonado por mí! Maldito si entiendo una palabra. (*Alto*) Hasta mañana, querida prima; y por piedad, pensad un poco en mí, que no hago otra cosa mas que pensar en vos. (*Vá á besarle la mano; ella la retira. Hace un gesto de despecho, vá á salir y se detiene al ver á Fabio.*) Vos aquí!

PAULINA (*ap.*). Fabio! (*con sorpresa.*)

LUCE. En esta sala! Bien se conoce que estamos lejos de la isla de Borbon, y que marchamos á paso largo hácia la igualdad. Venis sin duda á tomar alguna orden de la señorita?... Pero podiais haberos hecho anunciar, querido. Si en Francia ya no hay esclavos, hay criados todavía. (*váse*)

ESCENA III.

FABIO y PAULINA. (*Paulina cierra la puerta del fondo*).

FABIO. Sí, esclavo en Borbon; y aquí lacayo!

PAULINA (*á media voz con tono suplicante*). Pero ese lacayo, ese esclavo, es mi esposo y mi amante. Para Dios que le conoce y para mí que le amo, es noble y grande. Tiene derecho á alzar orgulloso su cabeza entre los libres y señores.

FABIO. Oh!

PAULINA. Sí, sobre tu corazon llevas un contrato sagrado, que prueba que ese esclavo es mi señor.

FABIO. Paulina, nuestro matrimonio bendecido por un humilde sacerdote en un rincon de América, creerá tu madre poderlo

romper con un movimiento de su abanico. (*Sacando el contrato bruscamente.*) Pero si este papel no encierra la felicidad de nadie, hay en él á lo menos un insulto y una venganza.

PAULINA. Sí, Fabio, con ese contrato podeis decir á mi madre: «Señora, vuestra hija ha cambiado el nombre de la Reynerie por el de Fabio... Vuestra hija se ha entregado á mí.» Eso podeis hacer, Fabio, y yo os perdonaré, pero mi madre maldecirá la memoria de su hija!

FABIO (*con vergüenza*) Ah!

PAULINA. Pero el dia en que mi madre sepa que he hollado las preocupaciones del nacimiento y de la sangre, ese dia, será el último de mi vida! Ahora... puedes contarlo todo si quieres.

FABIO. Oh! perdona Paulina, perdóname!.. Padezco tanto!.... Soy tan desgraciado!!... Pero no temas, me resignaré á la suerte que he aceptado, y ahogaré el dolor que me mata, los celos que me devoran!

PAULINA (*con bondad*). Estas celoso, Fabio?

FABIO. No. Estoy loco! La duda no ha entrado nunca en mi corazon. Me hubiera muerto, Paulina! Estaré confiado y tranquilo; te veré partir todos los dias á fiestas brillantes, donde tantas seducciones te rodean, y... callaré! Tu madre podrá aumentar los insultos y ultrajes que me prodiga; aceptarás por guia, por apoyo el brazo de ese Saint-Luce, de ese hombre que finge amarte. Le veré, como hace un momento, devorarte con sus miradas, aproximar á sus lábios esa mano, esa mano que es mia!... y callaré, Paulina, callaré! Pero con una condicion. El veneno que encierras en ese secreto, (*indica la consola de la derecha*) no ha de quedar ahí. Es necesario que me entregues esa llave.

PAULINA (*con firmeza*). No, Fabio.

FABIO. Ese veneno! Lo quiero...

PAULINA (*corriendo hácia la puerta del fondo*). Viene gente!... Una palabra mas y me pierdes.

MARQUESA (*dentro*). Paulina, soy yo. Abre.

PAULINA. Mi madre! Vá á encontrarme á solas contigo!...

FABIO. Oh!... Primero perecer. (*corriendo á la ventana.*)

PAULINA. Detente. (*señalando su cuarto*) Por ese cuarto... La escalera secreta... Véte.

FABIO, Adios.

MARQUESA (*dentro*). Paulina.

PAULINA. Ah!... (*Abre la puerta del fondo*).

ESCENA IV.

MARQUESA *y* PAULINA.

MARQUESA (*mirando á su alrededor*). Estabais sola, Paulina?

PAULINA. Sí señora, sola... (*turbada*)

MARQUESA. Saint-Luce, cuando os dejó, dice que quedaba aquí Fabio.

PAULINA. En efecto....

MARQUESA. Cómo se atrevió ese hombre á entrar aquí, sin órden vuestra?

PAULINA. Fabio debia darme cuenta de una visita que hizo de mi parte á una familia pobre... (*vacilando.*)

MARQUESA (*con altaneria*). Convenid conmigo que ya es demasiado el tener que justificar su presencia en vuestra habitacion. En adelante, no quiero que tengais que darme esplicaciones de este género. Mañana, Fabio habrá abandonado nuestra casa, y dentro de tres dias estará fuera de Francia.

PAULINA. Él!

MARQESA. Lo envio á la Colonia: allí encontrará una existencia independiente y segura, porque no quiero dejar sin recompensa lo que hizo por vos. Pero, no hablemos mas de ese hombre. Voy á decirte el motivo que me ha traido aquí. Acabo de recibir un espreso de Versalles... Madama de Keradeuc, admitida despues de nosotros por la Reina, me transmite las intenciones de S. M. con respecto á vos. Le habeis agradado mucho, y para poder recibiros entre sus damas de honor, ha resuelto vuestro matrimonio.

PAULINA. Qué escucho!

MARQUESA. Esta tarde recibirá Saint-Luce el título de Conde, y mañana, el Rey, que quiere poner el colmo á sus bondades, firmará vuestro contrato.

PAULINA. Oh! Habré entendido bien? Pero eso es imposible!

MARQUESA (*vivamente*). Imposible!

PAULINA. Por muy brillante que sea el destino que me preparan, yo... lo rehuso.

MARQUESA (*con firmeza*). Escuchadme, hija mia; no cederé ante un capricho, ante una resistencia loca ó inesplicable... Salvada por un milagro de las garras de la muerte, podria un nuevo golpe herirme mañana, y en esta época de turbaciones y tormentas

populares, quiero dejaros un defensor. Ninguno mas digno ni mas noble que Saint-Luce, á quien miro ya como hijo mio. (*notando la inmovilidad de Paulina, y con un tono mas firme*) Os lo repito, quiero que ese matrimonio se haga, y se hará; os lo juro por la memoria de vuestro padre. (*vá á la consola de la derecha, llama, y deja su abanico.*)

PAULINA (*ap.*). Dios mio! Quereis hacerme morir!

MARQUESA (*á un criado que entra*). Decid á Fabio que tengo que darle una órden importante, y haced entrar aquí las personas que espero. Hoy recibo en la habitacion de mi hija. (*vdse el criado.*) (*A Paulina.*) Ya lo sabeis, Paulina, debeis mirar á vuestro primo, como á vuestro futuro esposo. (*Paulina se arrodilla ante la Marquesa, y cubre sus manos de lágrimas y besos.*) Es en vano, Paulina, no me hareis mudar de resolucion.

PAULINA (*llorando*). Oh! Madre mia! Yo no os pedia mas que un lugar á vuestro lado, y me arrojais de él. Antes que vuestra voluntad nos separe, bendecidme como me bendeciais cuando á vuestros pies pedia á Dios vivir y morir con el amor de mi madre!

MARQUESA (*levantándola*). Paulina, mañana al pie del altar, bendeciré á mis hijos.

PAULINA (*con resolucion ap.*). Mañana habré dejado de existir.

MARQUESA. Conteneos, Paulina, no estamos solas.

ESCENA V.

DICHOS. AURELIA. SAINT-LUCE. *Personas de la Corte.*

CRIADO (*anunciando*). La señora condesa de Keradeuc, el caballero de Saint-Luce.

AURELIA. Querida tia, no sabeis lo contenta que estoy. Saint-Luce acaba de decirme ..

MARQUESA. Que soy una súbdita muy humilde, y me apresuro á obedecer. Quiero que desde mañana, desde esta noche se sepa en Versalles que he presentado á mis amigos á la señora condesa de Saint-Luce, dama de honor de S. M. la Reina.

TODOS. Dama de honor. (*Los hombres felicitan á Luce.*)

AURELIA (*tomando la mano de Paulina*). Al fin eres mi hermana. (*Vá á unirse á otra señora de la derecha.*)

PAULINA (*ap.*) Dios mio, dadme todavía una hora de fuerza y de valor.

LUCE. Querida tia, mi corazon no podria hallar el modo de manifestaros mi reconocimiento. Seré digno, os lo juro, del tesoro que teneis á bien confiarme. (*Besa la mano de la marquesa, y se acerca á Paulina que queda inmovil y muda.*) (*ap.*) Como! Ni una mirada!

CRIADO (*entrando*). Señora marquesa, Fabio, á quien habeis hecho avisar, está ahi.

PAULINA (*ap.*). Fabio!

LUCE (*ap.*). Cómo se ha estremecido al escuchar su nombre! (*Queda de pie al lado de la marquesa observando á Paulina.*)

MARQUESA. Está bien, que espere.

AURELIA (*acercándose á la marquesa*). Pobre Fabio; apenas le he visto desde su venida. Mandadle entrar.

MARQUESA. En esta sala! Qué locura, Aurelia!

AURELIA. No sabrán nada en la isla de Borbon; ademas de que no está aquí el Sr. Barbantan.

PAULINA (*ap.*), Oh! Delante de todos no sabrá contenerse.

LUCE (*ap.*). Pálida, turbada como esta mañana, y como siempre cuando se trata de Fabio... Vive Dios! Yo sabré hasta donde llega su interés por ese hombre. (*Alto.*) Tia, permitidme unir mis ruegos á los de Aurelia. Ademas, tengo que pagar una deuda á Fabio.

MARQUESA. Vos?

LUCE. Sí, de honor.

MARQUESA. Vamos, conde, qué podré negaros hoy (*al criado*). Que entre Fabio.

PAULINA (*ap.*). Oh!...

LUCE (*riendo*). Esto es casi una presentacion.

ESCENA VI.

Dichos y FABIO.

(*El criado introduce á Fabio. Este al ver tanta gente se detiene. A una seña de la marquesa entra, saluda y se dirige á ella.*)

FABIO. La señora marquesa me ha mandado llamar, y vengo á ponerme á sus órdenes.

MARQUESA. Fabio, dejais mi casa; vais á partir.

AURELIA (*admirada*). De veras? Y á donde?

MARQUESA. A Borbon.

FABIO (*vivamente*). Yo! (*Una mirada afirmativa de Paulina le contiene.*)

LUCE (*ap.*). Como le mira ella!

FABIO (*con resignacion*). Cuando debo partir, señora?

MARQUESA. Mañana. No temais nada, pues vuestro porvenir está asegurado. Podeis retiraros.

LUCE. Todavia no, tia mia; quisiera que suspendiera por unos dias su marcha. Fabio, aquí no estamos en Borbon, y puedo, y quiero reconocer lo que un dia hicísteis allí por mí. Os cumpliré la palabra que os dí, y por lo tanto deseo que asistais á mi enlace con la señorita de la Reyniere; (*con intencion y mirando á Paulina y á Fabio*) enlace que se verificará dentro de tres dias. (*Fabio hace un movimiento, pero Paulina se levanta y sin dejar de mirar á Fabio, pone la mano sobre el mueble del veneno. Fabio finge estar tranquilo. Ap.*) Todavia no! Oh! yo lo averiguaré a toda costa.

AURELIA (*á la marquesa*). Concedereis tres dias á Fabio, no es cierto? (*A Fabio.*) Y bien, doctor, no dais las gracias á mi hermano?

LUCE (*con una sonrisa burlona*). Ah! Ya comprendo. Siente tener que confesar que ha sido mal profeta. Fabio habia dicho que todo enlace era imposible para la señorita de la Reynerie.

MARQUESA. El?

LUCE. Si, tia: temia perder sin duda una clientela que tanta fortuna le atrajo (*con intencion mirando á Paulina*). No se puede suponer otro motivo· pero temo que la proteccion de mi prima por ser exagerada é irreflexiva, sea fatal á nuestro doctor.

AURELIA. Como?

LUCE (*con insolencia*). Sin duda en Borbon tendrá que despojarse de ese vestido de caballero, que parece bien estraño en él, y con el que se divierten aquí; pero que seria un insulto que castigarian allá. Se verá precisado, sobre todo, á dejar esa espada, que no le podrá servir ni aun para separar de su direccion el látigo de su amo.

PAULINA (*sin dejar de mirar á Fabio, dando un grito concentrado*). Ah!

LUCE (*con cólera*). No hay duda, ella le ama.

AURELIA. Sois muy cruel, hermano mio!

LUCE (*con altaneria*). No, no soy yo, es la razon la que obliga á poner cada cosa en su lugar, y cada hombre en el rango que ha nacido. Ved, ya Fabio está pagando muy caro los sueños

insensatos que una bondad imprudente le hizo concebir. Padece porque no puede olvidar lo que ha sido. lo que es todavia. Atormenta en vano el puño de esa espada, de la que no puede hacer mas que un puñal. única arma que debe lucir en una mano que lleva la señal de la cadena.

(*Fabio lleva la mano á su espada; despues, arrancándole de su lado, la rompe y la tira á los pies de Saint-Luce. Despues de este movimiento que no ha podido reprimir, vacila y lleva su mano al rostro que se inunda de lágrimas. Movimiento general. Todos miran á Fabio.*)

LUCE (*con desprecio*). Qué es eso? El mulato se atreve á ultrajar á sus dueños!

AURELIA (*colocándose entre Saint-Luce y Fabio*). Por piedad hermano mio. Tened compasion.

PAULINA (*fuera de sí*). Oh! soy muy cobarde y muy infame! (*A Luce.*) Caballero, con qué derecho os atreveis á ultrajar á ese hombre!...

LUCE. Con el que me dá vuestra culpa.

MARQUESA. Como!

AURELIA. Cielos!

PAULINA. Y quién sois vos para juzgarme!

LUCE. Teneis razon, señora, no tengo aun ningun derecho sobre vos, porque desde este momento renuncio á cuantos me pudieran corresponder.

MARQUESA. Qué decis?

LUCE. Preguntadselo á vuestra hija.

MARQUESA. Paulina!

PAULINA. Madre mia, despedid á todo el mundo. Es preciso que yo os hable. (*con voz ahogada por la cólera.*)

MARQUESA. Qué agitacion!

PAULINA. Por piedad, por mí, por vos, despedid á todo el mundo.

LUCE. Sí, ya nos vamos. Confesad á vuestra madre que sois culpable, y rogadla que os perdone.

MARQUESA. Caballero!

LUCE. Vamos, hermana mia.

AURELIA. Pero no me diras?...

LUCE. Es inútil, vamos. (*al irse ap.*) Oh! bella prima! Si me habeis dado tan indigno rival, os he devuelto al menos insulto por insulto.

(*Saluda al marcharse á la Marquesa, echando una mirada de desprecio á Fabio, que vá á seguirle*).

ESCENA ULTIMA.

LA MARQUESA. PAULINA. FABIO.

MARQUESA. Vamos, habla.

PAULINA (*á Fabio que se retira*). Vos, Fabio, quedad.

MARQUESA. Por qué detenerle?

PAULINA. Porqué él mas que nadie debe escuchar nuestra conversacion; porque si á él se le arroja de aquí, es preciso arrojarme á mí tambien; porque si él sale de esta casa, yo debo seguirle.

MARQUESA. Seguir á Fabio!

PAULINA. Sí, madre mia, ya es inútil disimular. Saint-Luce ha adivinado mi secreto, y ya no debo callar por mas tiempo.

FABIO. Paulina!

MARQUESA. Cómo!

PAULINA. Ese hombre que teneis delante de vos, ese hombre á quien despreciais!... es mi esposo.

MARQUESA. El!... Oh!... Mientes, mientes, eso es imposible,

PAULINA. No, madre mia. (*á Fabio.*) Levanta la cabeza pobre mártir! Dios que te ha dado la resignacion, me envia al fin el valor.

MARQUESA. Calla, calla infeliz! Tú mujer de Fabio! Tú!... Ah!... (*se oculta el rostro con sus manos.*)

PAULINA. He dicho que no se deshonraria á Fabio, que no se le arrojaria como á un lacayo.

MARQUESA. Miserable! has manchado tu nombre con una infamia. Tu primo se avergüenza de haberte amado, y tu madre no te conoce.

PAULINA. Perdon, madre mia!

MARQUESA (*con reconcentrado encono*). Él tu esposo!! Desdichada. yo te... (*se adelanta á Paulina en ademan de maldecirla.*)

PAULINA. Ah!

FABIO (*colocándose entre la Marquesa y Paulina.*) Oh! No la maldigais, señora, porque vuestra maldicion seria impía y no llegaria hasta Dios. Porque esa mujer que se humilla y llora, esa mujer es pura como los ángeles. Me amaba á mí, pobre esclavo... Pero vuestra sangre corria por sus venas, señora, porque tenia vergüenza de su amor, y solo cuando al borde de un abismo nos rodeaba la muerte, cuando no habia ya esperanza de salvacion, solo entonces descubrió su secreto,

MARQUESA. Callad!... Dios mio! Me habeis salvado la vida para ver la deshonra de mi familia!... Oh! Pero yo romperé ese lazo infame.

FABIO (*con firmeza*). Romperlo! No podeis, señora. Llamad á vuestros criados, y dejarán el paso libre al esposo de vuestra hija. Llamad á ese caballero de Saint-Luce, que con tanto orgullo me ha insultado, y á quien sin una mirada de Paulina hubiera despedazado entre mis manos, como he roto esa débil espada. Llamadle, yo le diré á ese insolente rival: «Oh! tu turno ha llegado; muere ahora de celos y de cólera, porque tu prometida es mi esposa.»

MARQUESA. Oh!... Basta ya. Invocaré á los magistrados, al mismo Rey...

FABIO. Nada lograreis. Todo esclavo que pisa el suelo de Francia es libre. Yo soy pues vasallo libre, y la ley que defiende y proteje, se ha hecho para mí como para vos.

MARQUESA (*á Paulina*). Ya lo oyes, ese hombre está provocando nuestra infamia! Si tu padre saliera del sepulcro, te mataria, infame, porque vale mas una hija muerta, que una hija deshonrada.

PAULINA (*corriendo al mueble, cuyo resorte toca, y saca un frasquito*). Pues bien, que mi padre me juzgue... á su presencia voy.

(*Fabio se lanza á ella, le quita el veneno y lo arroja.*)

FABIO. Paulina!

MARQUESA (*yendo á ella*). Qué ibas á hacer?

FABIO (*con calma*). Iba á morir, señora!

MARQUESA. Morir!

FABIO. Habia ocultado ese veneno ahí, en ese mueble, para que vuestra maldicion cayera sobre un cadaver! Vos la hubiérais dejado espirar ante vuestros ojos. En vuestro inflexible orgullo, noble señora, tambien hubiérais dicho: «Mas vale el duelo que el escándalo en mi casa.»

MARQUESA (*cayendo desfallecida en un sofá*). Paulina!

PAULINA (*cayendo de rodillas delante de Fabio*). No podré vivir con la maldicion de mi madre!

FABIO (*mirándola con amor*). A mí corresponde ahora terminar tu obra de abnegacion y de amor. Lo que no pueden hacer ni el soberano ni las leyes, lo hará Fabio. Ese lazo consagrado por un santo sacerdote, ese lazo inviolable, indisoluble para todos, yo le romperé.

PAULINA. Tú!

MARQUESA. Qué decis?

FABIO (*conteniendo apenas sus sollozos y alzando á Paulina*). Digo, señora que os vuelvo á vuestra hija. Paulina, me has pagado en un momento de todos mis tormentos, de todos mis dolores; querias morir por mí, vivirás para tu madre (*la hace pasar al lado de su madre*). Adios, Paulina (*pausa*). Yo solo debia ser tu esposo en el cielo. Adios. Nunca mia, Paulina; pero nunca de otro (*corre hácia la habitacion de la izquierda y cierra*).

PAULINA. Fabio!

MARQUESA. Teneos. (*A Paulina.*)

PAULINA. Madre mia, por piedad, perdonadnos.

MARQUESA (*con severidad*). Paulina!

PAULINA. Oh! si le conociérais no podriais menos de amarlo.

MARQUESA. Aparta.

PAULINA. Pero, Fabio; donde está Fabio? Yo quiero correr en su busca (*suena un tiro*). Ah! (*Cae de rodillas.*)

MARQUESA. Hija mia!

PAULINA. Ha muerto! Ha muerto!

MARQUESA. Ruega á Dios por él.

PAULINA. Pronto nos uniremos en el cielo.

FIN DEL DRAMA.

DICCIONARIO

DE

MODISMO

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLER

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 40—Precio: 2 reale

(Contiene los pliegos 118 á 120)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23